

BODAS DE AGUA I

Tormenta

La lluvia, zumo de nubes, cae furiosa. Las gotas se concentran en las cuerdas del tendedero. Se unen dos y a veces tres para convertirse en una grande, como si fuese un enlace de boda. Cada una, por sí sola, tiene miedo a lanzarse, pero juntas lo logran y al estar unidas en una, se hacen más fuertes. Esa se estira hasta que ya no puede soportar más la tensión, entonces cae al suelo tras sentir mucho vértigo. Creo que grita, pero su chillido se disuelve al perderse al charco. Hace un ruido más grande que las otras, que bajan solteras. Después, se divide al caer en gotas minúsculas, como si fuesen sus huevecitos.

En la calle es diferente porque las que caen en las hojas se casan en el filo y se deslizan como en un tobogán, que es donde empiezan su viaje de novios, hasta llegar al charco. Para ellas es como un mar y forman así parte de ese mar. Tenemos suerte de no ser de cartón, se dicen unas a otras.

Irlanda es hermosa. Dios la hizo a pinceladas y por eso el verde es mi color favorito. Pero ahora sólo me acuerdo del carmesí porque mamá tiene una enfermedad: se le metieron nubes rojas en la boca hasta el pecho y tose sangre. La llevaron al hospital. No me despedí porque no quiero que se separe de mí. Papá está enfermo de tristeza, así que a Laura y a mí nos van a llevar internas a un colegio. Peter se queda con él porque es un chico y quiere que herede su negocio, así seguirá enseñándole para que sea el amo y señor y se ponga esas corbatas que usa. Si hubiese preguntado, Peter le hubiera dicho que quiere ser carpintero, que si no se ha dado cuenta de que anda todo el día con la navaja y la lima, que estornuda con una margarita y que no la distingue de un crisantemo. Yo sin embargo sé hacer ramos de flores de novias y hasta coronas funerarias. Me hubiese encantado hacerme cargo del negocio. Así son las cosas y nosotras sólo volveremos en Navidad. Laura es la mayor, se hace la valiente y no llora, así que yo tampoco lo hago. Cada uno se encarga de sus asuntos: la enfermedad, de mamá; la tristeza, de papá; nuestro perro, de Peter; pero de Laura y de mí no se ocupa nadie.

El colegio es para niñas huérfanas y ya lo soy. Papá vino a decirnos que mamá está en el cielo. Recuerdo su voz llamándome para despedirme y yo, escondida como un erizo, bajo la escalera. Corro por los prados entre la niebla, buscándola, pero no está. Grito ¡mami, vuelve! Y entonces despierto sobresaltada y no puedo dormir más hasta la noche siguiente. Me levanto con los pies de escarcha y el camisón que pica y me asomo al ventanal. La lluvia hace ríos al otro lado del cristal y yo dibujo su cauce a la misma velocidad con mis dedos sobre el vaho. Pido un deseo con cada rayo, siempre el mismo, si se hace con fuerza no tiene más remedio que salir del rayo y cumplirse.

Después vuelvo a la cama y sigo sin decir nada.

Lo único bueno son las clases de música. La profesora nos pone conciertos de diferentes instrumentos y nos enseña solfeo. A papá no le importa que estemos lejos, si no, no nos hubiese encerrado en este lugar más sombrío que la cueva de un oso. Será que no nos quiere. Que sólo quiso a mamá y tal vez a Peter, que Laura y yo le estorbamos. Espero que no se case, no quiero otra madre, y si lo hace, que no sea malvada como la de Cenicienta, entonces me escaparía a España a estudiar guitarra para ser profesora. En clase oí el Concierto de Aranjuez y no hay nada más hermoso.

Echo de menos nuestra casa, a mis muñecas, a papá, a Peter, a Laura a la que apenas veo y sobre todo a mamá. El corazón se me ha vuelto un acordeón de cartón empapado de pura soledad.

BODAS DE AGUA II

Marejada

No puedo verle sufrir. Después de doce años cuidándolo y sin olvidar a Rosa, él insiste en que sólo estaba con ella por sexo y que le importaba un pimiento, y que si la recuerdo es porque todos los días le doy la paliza con lo mismo. Por sexo, dice, y eso no está bien. Sexo sin amor es pecado. Sé que no reconoce que la quiere para no hacerme daño. Pero entonces ¿amaría también a las chicas del club que frecuentaba? ¿Quizá tiene tanto amor dentro que necesita esparcirlo, como un aspersor, regándolo todo? Y ahora aquí encerrado, sin poder entregárselo a nadie. Le sorprenderé con una excursión al mar esta misma mañana. No volvemos desde el accidente de Rosa y recuerdo lo mucho que le agradaba. Así que alquilé un velero con patrón. Le subiré a cubierta. Las gaviotas gritarán, el mar empezará a enfadarse porque me he asegurado que habrá marejada. ¿Recuerdas? Aquí fue donde besaste a Rosa, justo en esta parte de aquel velero, le diré. Me acercaré a la silla y cuando el capitán esté despistado empujaré el cuerpo de Alejandro. Oiré al mar rugiendo más fuerte. No moverá sus piernas, parecerá una sirena que intenta acercarse a popa. Pero le alejaré con el remo. Y el mar se lo tragará para llevarlo con su Rosa. Dos gotas en el mar no son una, no son nada.

Tornado

Alejandro vuelve del conservatorio, sube trotando las escaleras de dos en dos, me abraza dando vueltas sobre sí y la falda vuela loca de contenta. Reímos y jugamos con los charcos. Vamos a todas partes juntos. Él propone y todo, siempre, me parece bien.

Se sienta y toca la guitarra, me quedo ensimismada. Avanzo mucho con sus clases pero antes de enamorarme me cundía más, cuando no me perdía en sus ojos. Hace un mes que somos novios. Me ha dicho que cuando nos casemos nada de trabajar, que mis manos sólo serán para él. Mi guitarra sólo sonará para sus oídos. No eran mis planes, pero me ama tanto que no quiere compartirme. Apenas salimos, no conozco a nadie y dice que no quiere mezclarme con los gamberros de sus amigos. No tiene prisa por presentarme a su familia, dice que no se lleva bien con su madre y no aceptaría que se case con una mujer como yo. No pregunto qué quiere decir. A nadie más que a él necesito. Asegura que es capaz de ganar dinero por los dos. Es el hombre de la casa y quiere tenerme como una reina. Que como cocino tan bien, si le amo, no le permitiré que coma por ahí en cualquier barucho mientras estoy trabajando por dos duros en una academia de mala muerte y que no puedo privarle de mis deliciosos guisos. Así que si nos casaremos tan pronto como desea,

presentaré la renuncia en la academia de música y viviré sólo para adorarle. Es mayor que yo y siempre dice que sabe lo que me conviene. Le miro y me parece gigante y yo tan minúscula como un guisante frente a una montaña. Soy inmensamente feliz. Si mamá le conociera... Es tan listo como una ardilla y el hombre más guapo sobre la tierra. Soy una hoja mecida por el viento, que eres tú, Alejandro. Entonces sopla mi cara para que se vuelen mis pecas. Somos dos gotas de agua que se hicieron una.

Huracán

Después de la boda dejó de mecirme. Hace ruido cuando sube la escalera y yo, un ovillo que quisiera ser erizo en nuestra cama. Se tumba sobre mí, me echa el aliento que huele a licor, y la leche que cené quiere salir de mis tripas. Rezo a la Virgen, pero debe estar en otros asuntos. Cuando creí que me iba a contestar, el somier crujió, porque era viejo y ya hacía tiempo que teníamos que cambiarle los muelles. Una gota de su sudor ardiendo cayó muy despacio en mi nariz. Entonces tarareé bajito una canción de las que me invento sobre las gotas de lluvia y recuerdo mi casa irlandesa con su jardín húmedo de rocío. Así su sudor ya no me parecen gotas que intentan escapar huyendo de la cafetera para, las pobrecitas, abrasarse fuera, al resbalar sobre su lomo sin llegar siquiera al suelo. Ya el sudor me parece rocío fresco sobre mi cara. Me hace daño, cada noche me hace eso tan asqueroso. Sin embargo yo no protesto, porque soy su esposa. Dios me ve, Él y mamá estarán orgullosos. Lo que ni mamá, ni mucho menos Alejandro consentirían, es que tome estas pastillas para no tener niños. Ahora sé que las gotas de agua cuando caen al suelo sufren y no quieren que sus hijitos lo hagan.

Salíamos a veces con un compañero de Alejandro y su mujer a navegar. El mar es sólo un pequeño reflejo del cielo, pero ellos no vuelan, sólo bucean. Será que el cielo no es de su talla. Le vi besar a Rosa y tocarle el culo. Ella dijo que yo podría sorprenderles, que tuviera cuidado. Él me miró y a sabiendas de que les veía le respondió: Paloma, como me llama, está siempre en las nubes. Rieron, y yo respondí en silencio que en las nubes es donde mejor se está. No quería pensar más porque sabía que ellos eran ahora dos gotas en una y yo en ese momento me convertí en sólo media y al dividirme me dolió mucho el estómago y todas las entrañas que, como eran de Alejandro, debían estar reclamándole. Entonces mis lágrimas viajaron de mis ojos al mar y lo hicieron un poco más grande.

La pobre Rosa no pudo salir del océano. Se ahogó estando buceando muy profundamente. Alejandro está muy triste y bebe aún más. Ha dejado de subirse a mi cuerpo, pero me pega con el cinturón que hace ruido de huracán. Cuando le oigo llegar, me tapo los oídos muy fuerte y tiemblo como gotas de agua sobre la chapa al rojo vivo. Mi cuerpo chisporrotea, pero el resto de mí se evapora hacia las verdes praderas de Irlanda, hacia las hojas sacudiéndose el agua en días de vendaval. Como de novios, cuando le sacudía las manos mojadas sobre la cara después de beber en la fuente y me perseguía para secármelas a besos.

En su cumpleaños ha llegado tan borracho que cuando ha ido a pegarme se cayó por la escalera. No pudo moverse ni con mi ayuda. Llamé a la ambulancia. Volvió en silla de ruedas. Necesita ayuda para todo. Habla poco. Le leo el periódico, le pongo la radio, le saco de paseo. Estoy tan cansada que me pesa cada día y quiero alargarme como una gota, pero no con él, sino sola y dejarme caer, pero no al suelo, sino al cielo para volar. Se lo digo y se enfada, me llama estúpida. Hace años que no me sopla la cara y las pecas se me acumulan en el corazón como una maraña que me oprime.

Le hablo de Rosa mientras pelo patatas, suelo recordarle lo hermosa y lista que era, que comprendo que la quisiera y le muestro su foto. Se queda serio, mirándome sin pestañear, sin prestar atención a la foto. Yo, bromeando, me mojo las manos y le echo por encima las gotitas que se quedaban en los dedos y le digo con voz chillona: ¡lluvia, todos a cubierto! Ya no ríe, ya no somos novios. Cada día me recuerda lo tonta y tarada que estoy. Que no sirvo ni para tener niños. Se ve que Dios que todo lo ve, todo lo calla; no se ha chivado de que tomaba esas pastillas mágicas.

Pobre Alejandro, le digo, has de llevar con resignación lo que el Señor nos mande. De noche le cuento historias inventadas y me grita que me calle, pero como no puede escapar, sigo hasta que uno de los dos se duerme.

BODAS DE AGUA III

Brisa

Tengo un billete a Irlanda, jamás he viajado en avión porque a Alejandro le dan, le daban, miedo las alturas. Quizá no haya tenido que pasar el mal trago de subir al cielo, creo que le asusta menos el infierno y es donde más cómodo se encontrará. Yo sin embargo no sé estar en tierra firme, a la que él se empeñaba en bajarme bruscamente, a tirones que aún duelen. No necesitaré pies. Volaré sobre las nubes. Todas ellas repletas de millones de gotas que luego caerán en los tendederos, unas felices, otras no.

No quiero equipaje. Lo único valioso que pudiera llevar son los recuerdos y casi todos son de plomo y ortiga. Así que les apretujaré formando una pelota con cada uno, como de papel, y les lanzaré todo lo lejos que pueda para que no me escuezan más. Sólo quisiera decir adiós a mi guitarra astillada, pero no, ese beso amargaría porque la destrozó Alejandro en mis costillas. Y ella gritó para quejarse por las dos, pues a mí no me quedaba aliento. No me despediré de nada.

Papá falleció hace tiempo, el suficiente para no ver quebrar su floristería. Viviré con Laura, su marido y mis sobrinos en nuestro pequeño pueblo. Lejos del mar al que espero no volver a ver. Estaré en paz con Dios y conmigo. Sé que quien vació el oxígeno de Rosa no fui yo, fue el mismo que empujó a Alejandro al mar: mi Ángel de la Guarda.

Laura me escribió diciéndome que quedaba vacante un puesto de profesora de música, ya que nadie quiere trabajar en el pueblo, aislado entre enormes montañas que de mala gana muestran sus uñas. Gigantes que me esperan. Aunque sé que todo me parecerá menor, porque en nuestra mente, cuando nos aleja el tiempo de los lugares se hacen más grandes y al volverlos a ver parece como si hubieran encogido, sin embargo los que hemos cambiado, somos nosotros. Todo es grande cuando se mira con ojos entusiastas, todo mengua cuando perdemos la ingenuidad. Y a las buenas personas se las recuerda mejores aún y a las malas, menos malas. Como en los entierros, en los que parece que en cuanto a uno se le para el corazón, las malas artes se esfuman y prevalece la bondad de sus actos, por pocos que sean. Para que esto suceda, por desgracia, no queda otra que morir. Será porque con el perdón ayudamos a que el alma se aligere y ascienda sin lastres. Cuanta más gente nos recuerde en paz, más rápido subiremos.

Espero que a mi entierro venga mucha gente del pueblo y que me aprecien, y así me impulsen hacia el cielo. Ojalá me perdonen esos hijos que no pude traer, pero a los que quiero sin conocerlos, y que

Alejandro y Rosa estén felices juntos y me tiendan su mano para ayudarme a ascender, si es que están ahí arriba.

Entre tanto pasearé por los prados, contaré cuentos a los niños y, sobre todo, volaré por mis colinas, pero mucho más alto que antes, porque ya no soy paloma.

Ana Guzmán-17